

Lola Anderson, Universidad de Missouri, Columbia, EE. UU. de A.



DOS NUEVOS ENVÍOS DE ALFONSO REYES

Cuando trascurre mucho tiempo sin recibir desde Río de Janeiro un paquete postal, piensa uno: ¿Qué será de Alfonso Reyes? Tal vez los deberes diplomáticos... O quizá, por desgracia, se ha olvidado de mí...

Pero, de pronto, aparece un gran sobre por la rendija de la puerta. Un sobre o un envoltorio más cuidado que los otros que se reciben, sin roturas, anunciando intacto el contenido. Y se abre éste como hace muchos años, al levantarnos el día de los Reyes Magos, mirábamos a la ventana. Con regocijo temeroso, con ganas de retrasar la apertura, procurando ir despacio, refocilándonos en la promesa que ya está realizándose, junto a nosotros. Y al salir el libro, qué grato consuelo para los ojos, aquella limpieza tipográfica, aquella delicadeza de visión primitiva, antes de penetrar en la lectura.

Hace poco tiempo llegaron dos de éstos envíos apetecibles. Seguridad de un día, (un día no más, porque el autor es avaro de los deleites que regala, en dosis cortas, aptas para la delectación lenta y seguras de su valor apiñado, concentrado hasta la esencia, como esos perfumes que, con una gota, llenan por semanas el ambiente de la habitación), seguridad de un día de fruición en la lectura.

El mayor de ellos, entrega una resurrección llena de actualidad. «Si el Hombre puede artificiosamente volar», se titula. Más abajo, la fecha recuperada: 1676. Antonio de Fuente la Peña, autor de este ensayo, (no; ensayo, no: discurso, aunque después se haya pervertido la palabra), un fraile español, capuchino, pretende sacar en claro de sus sentencias la posibilidad

de vuelo en el hombre. Primero, trata de acumular los argumentos favorables al vuelo. Después, reniega de ellos, y admite que todo no fué más que una complacencia de caprichos filosóficos. Porque en Fuente la Peña, al mismo tiempo que hay un hombre avizor y atento a lo que pueda ser, hay un escolástico cerrado ante lo que es, y prefiere, por temor a volar demasiado alto quedarse a ras de la tierra (1).

Para no dejarle ahí, está preparado Alfonso Reyes. En la introducción, larga como un torso, importante como una cabeza, el comentarista de Fuente la Peña nos hace volar a los lectores y al propio capuchino zamorano. Hay un aire limpio en todo el libro. Es un regalo que nos hace ir, desde el principio al fin, volando por unos espacios deliciosos, amenos, distraídos. Distraído el espacio y distraído de sí mismo el volador. Es agradable caminar por esas alturas, acompañados por tanta gente que conoce ya, de antemano (de *anteala*, sería mejor), los lugares sin límites por donde hemos de correr, sin trabajo, llevados por un viento inaprensible. Sidar, Santos Dumont, Latham, Bleriot, Cyrano, Leonardo, el pájaro Rock, la golondrina, la «Demoiselle», «Zeppelin», el jilguero, el águila, la mosca, Clavileño, Farman, el turco que se despanzurró, Wright... Un enjambre que nos obliga irremediabilmente y a gusto, a volar. Parece que las páginas del libro se pasan solas, oreadas por una brisa impalpable que va de un lado a otro de las letras, que conmueve la cortina de nuestro cuarto y alza un poco entre un ruido de motores lejanos, la caída de la corbata. ¡Y suenan tan bien los motores! A veces, tanto mejor que los violines. Yo, desde luego, prefiero el ruido de un auto bien construído, en el que voy deslizándome por una carretera nivelada, al que producen en los intermedios cinematográficos los compases del «Vals de las olas». Quizá lo

---

(1) Antonio de Fuente la Peña.—«Si el hombre puede artificialmente volar.—(1676), Con cuatro grabados de Marguerite Barciano.—Río de Janeiro.—Edición de Alfonso Reyes.—(1933,

uno sea música y lo otro no. Pero sé perfectamente lo que más me gusta.

Y, a parte de todo ésto, tiene la introducción que Alfonso Reyes pone al discurso de Fuente la Peña, una calidad envidiable y de profunda enseñanza. (Esto de *profunda enseñanza*, se me antoja un tanto docente, pero pasémoslo). Quiero decir, que hay en estas páginas una erudición estupenda y que la tragamos como un vaso de agua fresca después de una caminata al sol. Otros comentarios, quizá con menos erudición que éste, tenemos que tragarlos a fuerza de empujones, arcadas y fechas que se atascan. Nos producen al cabo de un rato, una indigestión de cultura que sólo se quita purgándonos con una buena cantidad de organillo callejero. En este caso, la erudición entra como Pedro por su casa. Es amena, divertida y liviana. Y se ansía conocer lo que viene por la satisfacción que nos ha producido lo ya visto. Erudición de profundo conocimiento unas veces, pero llena de atractivo. Y otras veces, erudición que algunos despreciarán, pero que es la más bella de las erudiciones: saber, por ejemplo, que antes de que Josefina Baker cantara en el Casino, con los pechos afuera, aquello de

J'ai deux amours—mon pays et Paris...

lo había dicho Santos Dumont en un champagne de honor, en Armenonville. ¡Cuánto más interesante para nosotros, de verdad, que saber si hubo dos hermanos Van Eyck, o uno solo; que saber si Pedro de Oña llevaba camiseta verde cuando se puso a escribir la primera vez!

Devorado el prólogo, que resume una historia de la aviación maravillosamente clara y precisa, pasamos al tratado final del *Ente Dilucidado*. Y nos complace saber, asimismo, que en 1676, un fraile español, se estuvo preocupando, frente al paisaje castellano, sin colinas y apenas sin verde para caer un poco en blando, de ese vuelo sin motor que hoy se intenta en muchos

campos más aptos para probarlo, frente a las chimeneas de una fábrica, o a la vista de unos postes de T. S. H.

El otro envío está constituido por un fascículo de versos que tienen todo el sabor de aquellos de Maeso Gonzalvo de Berceo, mezclados con un olor a pampa extensa. Una pampa donde podían aparecer, por espejismo, los molinos de viento del Campo de Criptana y donde si nos equivocamos un poco, vemos pasar a don Segundo de la Mancha; conversando con don Quijote de la Pampa al compás de las pisadas de sus caballos (1).

Versos largos, con serenidad de llanura y de crepúsculo, que forman una ofrenda «A la memoria de Ricardo Güiraldes». Recuerdo admirable al que se fué. Con todo el sabor romántico de una alianza huída antes de tiempo:

«Llegaste cuando yo no estaba y yo vine cuando habías partido, y nuestra alianza queda encinta de todo lo que pudo haber sido»...

Desde la posada vecina, donde espera, Ricardo Güiraldes, hidalgo de la llanura, a lomos del pingo todavía, habrá sonreído con satisfacción de verse tan bien recordado.

Y a este poeta (que Dios conserve muchos años todavía en esta posada donde estamos), a Alfonso Reyes, le habrá agradecido la sombra de don Segundo el homenaje claro de estos versos sencillos y cuajados de verdad poética.

JOSÉ MARÍA SOUVIRON.



PORTALES, por *Francisco A. Encina*.

Portales de nuevo a la moda. Lo ha exhumado el señor Francisco Antonio Encina en dos macizos volúmenes, fruto de larga

---

(1) Alfonso Reyes.—A la memoria de Ricardo Güiraldes.—Río de Janeiro.—(1934).